

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO II

TEGUCIGALPA: 1.º DE OCTUBRE DE 1902

NUM. 29

Cuentos crueles

LA RISA DE LA MUERTE

I

Yo me encontré aquella tarde con el hombre que nunca había sonreído.

Le examiné un momento á la luz del amarillo crepúsculo. Era la suya, en verdad, una figura singular. Alto y seco, de profusa melena y largas manos nerviosas. Su rostro imberbe, áspero, de duras facciones, dejaba en quien lo veía una vez, un recuerdo imborrable. En aquel semblante todo era acerbo, desde la frente estrecha y deprimida hasta el mentón agudo é irregular. Bajo el arco gris de las cejas brillaban extrañamente sus ojos de acero; ojos irónicos, de mirada equívoca, que parecían burlarse de todo, y que, sin embargo, se morfan de lástima. Sobre la boca, formada de dos finas láminas de carne, la nariz, de forma judaica, daba á aquella fisonomía pétrea una expresión cómica y lamentable.

II

Después, ya en su cuarto, el hombre extraño asombró mi espíritu.

La habitación tenía una lobreguez insólita. Simple y desnuda como la caída de un monje, mostraba en un ángulo una estrecha cama de hierro, y en el centro una mesa llena de objetos extravagantes, coronados por una calavera.

III

Por la angosta puerta penetraban las últimas lumbres de la tarde. El hombre encendió una vieja lámpara...

—Después de todo— exclamó con su voz metálica—no encuentro motivo para vuestro asombro. ¿Qué de extraño tiene que yo no ría nunca?... Por el contrario, veo eso muy natural. Cuarenta años he vivido, y os aseguro que nada he encontrado en el mundo digno de una sonrisa. De niño causaba espanto á mi madre la eterna inmovilidad de mi semblante. Y ya hombre nadie puede verme sin sentirse poco menos que horrorizado. Lo que me da sobre todos mis semejantes una superioridad de la que estoy satisfecho. En estos míseros tiempos de decadencia, la risa se ha vuelto una enfermedad contagiosa. La risa antigua tenía en su abono que era más pura y discreta. ¿No os parece? De todos modos, yo no la disculpo. Para mí todas las risas son iguales.

Los que ríen mucho son unos imbéciles. La risa no es reveladora de salud moral, ni de benevolencia del corazón, ni siquiera de maldad instintiva. Es simplemente un ruido morboso, ó, si queréis, la demostración precisa de todo lo superfluo, miserable y banal que se revuelve en el organismo humano. No hay risas buenas ó malas, finas ó vulgares: todas revelan igual grado de estupidez. Os juro que nada me exaspera tanto como oír una carcajada. El hombre que ríe á carcajadas—creedlo—es un ser inferior. Yo no he conocido el amor, ni he tenido un amigo, á causa de esto. Jamás he encontrado una mujer que sepa guardar silencio. Ni un hombre en el que en seguida no haya descubierto un necio. La frase es amarga; pero no por eso deja de ser cierta... ¿Queréis conocer el único episodio de mi vida que reviste algún interés?... Pero juradme, previamente, que sabréis guardar el secreto... ¿Juráis?... Bueno! Pues oíd:

IV

Hace ya mucho tiempo que sucedió lo que os voy á contar. Tenía yo veinte años. Cierta noche conocí á un joven que me impresionó favorablemente. Esto en mí era una cosa estupenda, pues por lo general todos los hombres me son antipáticos y me inspiran profundo desprecio. Yo le causé igual impresión—según me lo confesó después; y nos hicimos íntimos amigos. El motivo primordial y quizá único de nuestro afecto, fué, sin duda, la semejanza de nuestros caracteres. El era grave y taciturno; apenas sabía sonreír. Llamábase Hipólito. Odiaba, como yo, las ruidosas manifestaciones exteriores; aunque gozara íntimamente con todo aquello que afectaba su espíritu de una manera agradable. Era un buen muchacho, que amaba la meditación y el análisis, y que, exento de toda vulgaridad, gustaba de ver la vida por su lado serio. Considerábase feliz porque podía satisfacer á su antojo la única pasión que le dominaba: la de viajar. Cada dos ó tres años visitaba remotos países, de cuyos recuerdos estaba llena su memoria. Gozaba oyéndoie hablar de las regiones hiperbóreas, en donde el oso blanco tiene sus cavernas; ó de las tierras calcinadas por el sol africano; ó de las noches serenas á las márgenes del Niño; y más que todo, de la lejana Oceanía, con su cielo de zafiro y sus islas pobladas de perfumes salvajes ..

V

Un año duraba nuestra amistad, sin que en ese tiempo el más leve desagrado hubiera ocu-

rido entre los dos: Un carfio sincero y un respeto mutuo llegaron á unirse con tal fuerza, que nos considerábamos ligados para toda la vida. Jamás una broma se cruzó entre nosotros.

Pero he aquí que de improviso el carácter de Hipólito cambió de un modo radical. Olvidando por completo las confidencias que yo le hiciera acerca de mi temperamento y de la rareza de mis gustos, empezó á contrariarme abiertamente. Cambió en poco tiempo sus modales para conmigo. Su voz se hizo irónica y su gesto burlesco. Buscaba frases agudas para ridiculizarme. Reía continuamente á carcajadas. Era su risa hiriente y venenosa la que me ponía fuera de mí....

Cuando le interrogué acerca del cambio de su conducta, llegó á lanzarme en pleno rostro una injuria cáustica, que yo guardé en el fondo del alma. Desde entonces procuré evitar su compañía. Pero me fué imposible lograrlo, porque él dió en perseguirme diariamente, á todas horas, para hacerme objeto de sus crueles sátiras. Apenas me veía, soltaba una carcajada, y yéndose hacia mí

—¿Por qué tan serio?—me decía. ¿Vas á algún entierro? ¿Ha muerto tu padre?..

Y reía como un loco; mientras yo le miraba friamente, sin que se alterara un solo músculo de mi rostro; pero devorado por una terrible cólera interior...

VI

Un odio lacerante y mortal empezó á germinar en mi corazón. El sueño huyó de mis ojos y pasaba los largos insomnios fraguando un sombrío plan de venganza. Hipólito tendría que expiar de una manera tremenda sus burlas acres y sus continuos insultos.

La noche anterior había llegado á comunicarme su próximo viaje.

—No te entristezcas por mi ausencia—me dijo con su acento burlón. Pronto he de volver para que continuemos nuestra vida; tú huyendo de mí, yo persiguiéndote. Si he de ser franco, té diré que lo que más falta va á hacerme, es no ver las expresiones de tus cóleras unidas cuando yo te dirijo la palabra. La bilis te ahoga. La ira hace que tu cara de muerto cambie de color siempre que yo río. Quisieras devorarme... con los ojos. Y esto me hace gozar intensamente. Eres un redomado mentecato. Pero debes saber que, á pesar de la lástima que me inspiras, he de hacerte rabiar hasta que revientes...

—Teu cuidado—exclamé ciego de ira. No expongas á tantas pruebas mi paciencia, porque si llego á perderla puedo obligarte á hacer un viaje más largo que el que tienes en proyecto... Te aconsejo que dejes de venir á fastidiarme, si aprecias en algo la vida.

—Bah!—murmuró él. Te conozco y desprecio tus amenazas. Eres un cobarde, incapaz de vengar una injuria...

Y salió de mi cuarto lanzando una carcajada, que acabó de despertar la fiera salvaje que dormía en mi naturaleza.

VII

Aquella misma noche, provisto de los instrumentos necesarios, comencé á abrir una fosa en un ángulo de esta habitación. Para trabajar sin temor de ser oído, aprovechaba las altas horas, cuando todo duerme á nuestro alrededor. En cuatro sesiones logré abrir una sepultura de dos metros de profundidad por uno y medio de largo, cuya tierra fui colocando en grandes sacos en la pieza contigua, que veis á la derecha. Concluido mi trabajo, cubrí la abertura con dos gruesos tabloncillos y coloqué sobre ellos algunos objetos de mi uso diario.

Después compré un rollo de cuerdas y una botella de ajeno. En una botica, de cuyo dependiente era viejo conocido, obtuve cierto polvillo que coloqué con sumo cuidado en uno de los vasos que brillaban sobre mi mesa.

Hechos estos preparativos, esperé.

Ya empezaba á creer que Hipólito había partido sin despedirse de mí. Hacía una semana que no se presentaba en mi cuarto. Pero una noche, como á las once, mientras yo leía de codos sobre la mesa, oí que llamaban á la puerta. Mi corazón empezó á saltar. Abrí. Era Hipólito.

Desde el primer momento llamó mi atención su aire grave, su severo aspecto de otro tiempo. Empezó á hablar con voz profunda y triste...

—Te debo una explicación—me dijo—y hoy, en la víspera de un largo viaje, vengo á dártela. Te ha extrañado mucho el cambio de mi conducta, ó, más bien, de mi carácter, desde hace algún tiempo. Y, sin embargo, la razón es tan sencilla, que no sé cómo ha pasado inadvertida para tí. Tú sabes el horror que siempre me ha inspirado la embriaguez. Pues bien, sin apenas darme cuenta de ello, dejándome llevar por una pendiente peligrosa, me he embriagado casi diariamente. Sólo que he cuidado mucho de no perder por completo la razón, y de que, fuera de mis palabras, nadie notara en mí, de ese horrible vicio, la más ligera señal. He aquí, pues, la causa única de mis continuas groserías para contigo. Perdóname. Y cree que en el fondo de mi ser te considero como el mejor de mis amigos.

Yo le miraba de hito en hito. La fría expresión de mis pupilas le asustó. Para calmarlo, le abracé afectuosamente.

—No dudaba de que algo anormal te ocurría para que así procedieras conmigo—exclamé al fin. Pero confiaba en la nobleza de tu espíritu y en el recuerdo de nuestra antigua amistad para esperar que los desagradables incidentes que entre los dos han pasado tendrían una satisfactoria explicación. Por mi parte—añadí—los he olvidado. Reanudemos desde ahora el afecto fraternal que nos unió al poco tiempo de conocernos.

Y para celebrar nuestra reconciliación, traje la botella de ajeno y las copas. Yo mismo arreglé la suya, poniendo en ella el agua necesaria.

Después de apurarla, él hizo un gesto de repulsi6n.

—Este absinthio tiene un sabor acre—murmuró.

Y se quedó mirándome profundamente.

Yo no hice caso de sus palabras, y mirándole á mi vez, apuré mi copa en silencio.

Media hora más tarde, mi amigo dormía con la frente apoyada sobre la mesa.

VIII

Entonces, levantándolo con cuidado, lo tendí sobre la cama. En seguida ligué fuertemente sus brazos por detrás; envolviendo, por último, todo el cuerpo con las cuerdas, de tal modo, que le fuera imposible hacer el más débil movimiento.

Luego separé los tablones que cubrían la fosa y reanudé mi lectura.

Transcurrieron dos horas. Hipólito abrió los ojos, y al verme se puso á reír con una risa estridente y hueca que exasperó mis nervios.

—¿Qué me pasa?—gritó. No puedo moverme. Estoy embriagado. Y cuando me hallo así, quisiera reír siempre... Ya reiré á mi gusto en el largo viaje que voy á emprender...

—Sí—repetí yo. Ya reirás á tu gusto en el largo viaje que vas á emprender.

Pero no quise seguir oyéndole, porque su voz me hacía daño.

Amordacé su boca con un pañuelo; y sin fijarme en sus ojos que bailaban horriblemente dentro de sus órbitas—al comprender, por instinto, de lo que se trataba—lo tomé en los brazos y lo puse á un lado de la fosa.

Y ya listo para la tarea final, le miré cara á cara durante un segundo, que me pareció un siglo. Una mueca horrorosa de angustia y de terror había contraído sus facciones, y sus ojos me miraban con una expresión sobrehumana de humildad y de súplica. Mi corazón permaneció tranquilo. Con un ligero impulso hice rodar el cuerpo en la negra oscuridad. Al caer produjo un ruido sordo que se extinguió al momento.

—Buen viaje!—grité—inclinándome sobre la fosa.

Y vacié en su fondo el primer saco de tierra.

Escuché un débil gemido. Nada más.

Al amanecer terminé el lúgubre trabajo. De él no quedaba ni un pequeño vestigio; y para evitar la más remota sospecha coloqué la cama en el ángulo fúnebre. Allí se encuentra desde hace veinte años.

IX

Ahora oíd el final.

Pasado el décimo aniversario de aquella noche, me puse de nuevo á la obra. Volví á abrir la sepultura de mi amigo y extraje su calavera. La limpié cuidadosamente y luego adapté á sus mandíbulas un resorte ingenioso de mi exclusiva invención.

En las negras horas en que el tedio me acosa, me divierto á mi manera, oyendo reír á mi pobre Hipólito... Antes me incomodaba su risa; ahora me distrae. Ya veréis.

Y tomando entre ambas manos la calavera que coronaba la mesa, la movió de tal modo, que la hizo producir un ruido seco y agudo, una especie de gemido continuado, que de pronto hacíase áspero y doloroso hasta la angustia, para luego atenuarse y crecer de nuevo en inten-

sidad. Era un insólito rumor macabro, que no tenía nada de humano; un crujido monótono que hacía vibrar los nervios; algo inexpresable y terrible, simple y estupendo, que llenaba de espanto el espíritu y el cuerpo de escalofríos...

Cansado de mover su horrible instrumento, el hombre extraño guardó silencio.

Yo le miré con asombro. Pero no temblé bajo su máscara impasible.

—Es la risa de la Muerte—dijo sencillamente

FROLÁN TURCIOS

Tierra del sueño

(Traducción de Leopoldo Díaz)

Por una ruta obscura,
por ignorada senda,

que recorren los ángeles malditos,
donde el Idolo—Noche adusto reina
sobre fúnebre trono—de allí vengo—
de la Thule fantástica y postrera—
desde un clima hechizado, prodigioso,
un clima que se encuentra
allá, lejos, muy lejos,
del tiempo mismo—y del Espacio fuera.

Valles profundos, gigantescos ríos
y hondísimas cavernas,
inmensos precipicios
y titánicas selvas—
formas que el hombre descubrir no puede
porque se hallan hundidas en la niebla—
montañas que se yerguen
en mares sin riberas;
y mares tempestuosos que se pierden
entre nubes de fuego que se incendian;
y lagos silenciosos, cuyas aguas,
dormidas y serenas—
serenas y dormidas—se dilatan—
dormidas como muertas—
inmóviles y frías cual los lirios
de nieve, que á su margen cabecean.

Por los lagos tranquilos que así extienden
sus aguas soñolientas—
dormidas como muertas—
inmóviles y frías cual los lirios
de nieve, que á su margen cabecean,—
por las altas montañas—junto al río—
que murmuran, murmuran, y se quejan—
por los bosques sombríos—y el pantano
donde el inmundado sapo merodea—
en los ciénagos turbios donde moran
aflamadas vampíricas, horrendas,—
y por todos los lúgubres espacios
y sitios melancólicos—se encuentran
las fúnebres memorias del Pasado—
y atónito el viajero allí contempla
blancas formas, que cruzan suspirando—
blancas formas, que gimen y que tiemblan—
de amigos, con pesar abandonados,
con pesar, á los Cielos—y á la Tierra.

Es un sitio apacible, de consuelo, para el Alma que abruma hondas penas en compacta legión — y es Eldorado, al espíritu errante en las tinieblas! Mas, al feliz viajero, permanece impenetrable la región edénica! Ocultos sus misterios á los ojos, á los ojos humanos, siempre quedan:— su Rey dispuso que jamás el hombre los fatigados párpados abriera— sólo al través de lentes empañados el Alma entristecida puede verla.

Por una ruta oscura,
por ignorada senda
que recorren los ángeles malditos
donde el Idolo-Noche adusto reina
sobre el fúnebre trono—de allí vengo,
de allí torno al hogar, vuelvo á la tierra,
de remota región, y extraño clima—
de la Thule fantástica y postrera.

EDUARDO POE

La Ascensión

Así marchando, llegamos á lo alto del monte, donde una palmera se desgreñaba sobre un abismo lleno de mudez y de nieblas. Frente á nosotros, muy lejos, el cielo se desbordaba como un inmenso paño amarillo, y sobre ese fondo vivo, color yema de huevo, se destacaba un negrísimo otero, que tenía clavadas en la cima tres cruces en línea, finas y de un solo trozo. El Diabolo, después de esgarrar, murmuró, cogiéndome del brazo:

“La del medio es la de Jesús, hijo de José, á quien también llaman Cristo. Llegamos á tiempo para saborear la Ascensión.”

En efecto, la cruz del medio, la de Cristo, desarraigada del otero, como un arbusto que el viento arranca, comenzó á elevarse lentamente, engrosando, ocupando el cielo. Luego, de todo el espacio volaron ángeles á sostenerla, apurados como palomas cuando acuden al grano. Unos tiraban desde arriba, después de haber amarrado al madero largas cuerdas de seda; otros la empujaban desde abajo, y nosotros notábamos los esfuerzos de sus brazos azulados. A veces, de la cruz se desprendía, como de una cereza muy madura, una gruesa gota de sangre; un serafín la recogía en las manos y marchaba á colocarla en la parte más alta del cielo, donde quedaba suspensa y brillaba con el resplandor de una estrella. Un anciano enorme, con túnica blanca, á quien distinguíamos poco las facciones entre la abundancia de su cabellera revuelta y los flecos de sus barbas nevadas, mandaba, recostado entre nubes, estas maniobras de la Ascensión, en una lengua semejante al latín, y fuerte como el rodar de cien carros de guerra. Súbitamente todo desapareció. El Diabolo, mirando para mí, exclamó pensativo: “¡CONSUMMATUM EST, amigo!... ¡Pero otro Dios!... ¡Pero otra religión! Esta va á extender en tierra y cielo un tedio inenarrable.”

Y luego, llevándome por la colina abajo, el Diabolo comenzó á contarme animadamente los cultos, las fiestas, las religiones que florecían en su juventud. Toda esta costa del GRAN VERDE, desde Byblos hasta Cartago, desde Eleusio á Memphis, estaba poblada de dioses. Unos deslumbraban por la perfección de su belleza, otros por la complicación de su ferocidad; pero todos se mezclaban en la vida humana, divinizándola. Viajaban en carros triunfales, respiraban las flores, bebían vinos, desfloraban las vírgenes adormecidas. Por eso eran amados con un amor que no volverá más. Los pueblos, emigrando, podían abandonar sus ganados ó olvidar los ríos donde habían bebido, pero llevaban consigo sus dioses.

—¿El amigo—me preguntó,—no estuvo nunca en Babilonia?

Allí todas las mujeres, matronas ó doncellas, iban un día á prostituirse á los bosques sagrados, en honor de Mylita. Las más ricas llegaban en carros de plata, pujados por búfalos y escoltados por esclavas; las más pobres llevaban una cuerda al cuello. Unas extendiendo un tapiz en la yerba se agachaban como reses pacientes; otras erguidas, desnudas, blancas, con la cabeza oculta en un velo negro, parecían espléndidos mármoles entre los troncos de los álamos. Y todas así, esperaban que cualquiera, arrojándoles una moneda de plata, les dijese: “En nombre de Venus.” Lo seguían entonces, fuese un príncipe llegado de Suiza con tiara de perlas, ó un mercader que corriera el Eufrates en su barco de cuero. Y toda la noche rugía en la oscuridad de los ramajes el delirio de la lujuria ritual.

Después, el Diabolo me contó las hogueras humanas de Moick, los Misterios de la Buena Diosa, donde los lirios se regaban con sangre, y los ardientes funerales de Adonis.

Parándose, me preguntó familiarmente:

—¿No estubo el amigo en Egipto?

Le contesté que sí, y que había conocido á Maruja.

El Diabolo, muy cortés, me dijo:

—No era Maruja ¡era Isis! Cuando la inundación llegaba hasta Memphis, las aguas se cubrían de barcas sagradas. Una alegría heroica, subiendo hacia el Sol, hacía á los hombres iguales á los dioses. Osiris, con sus cuernos de buey, cubría á Isis, y entre el vibrar de las arpas de bronce, se oía por todo el Nilo el rugido amoroso de la Vaca divina.

Después el Diabolo me contó cómo brillaban dulces y bellas en Grecia las religiones de la Naturaleza. Allí todo era claro, puro, luminoso y sereno. La armonía salía de las formas de los mármoles, de la constitución de las ciudades, de la elocuencia de las academias y de la destreza de los atletas. Entre las islas de Jonia, flotando en la molición del mar mudo, como cestas de flores, las Nereidas se encaramaban á la borda de los navíos para oír las historias de los viajeros; las Musas cantaban en los valles y la belleza de Venus era como una condensación de la belleza de HELLENIA.

Pero ¡ay! había aparecido este carpintero de Galilea, y todo acabó. La faz humana tornábase

para siempre pálida y llena de misticismo. Una cruz sombría, cubriendo la tierra, apagaba el esplendor de las rosas y quitaba el sabor á los besos: y era grato al dios nuevo la fealdad de las formas!

Juzgando á Lucifer entristecido, yo trataba de consolarle:

—No se apure; aun ha de haber en el mundo mucho orgullo, mucho furor. No lamente las hogueras de Molok; ha de presenciar hogueras de judíos.

—¿Yo?—me contestó admirado.—Unos y otros no me importan. Ellos pasan, yo quedo.

EÇA DE QUEIROZ.

Çoute la lire

(Traducción de Leopoldo Díaz)

Con las pruebas más duras, me probaste,
Señor. Mucho he sufrido. Me pareceo
á las miseras viudas que trabajan
y sueñan por la noche, amargamente.
Nunca hice el mal, pero sufrí el castigo;
mi obra es difícil y mi vida estéril.
Después de la fatiga he contemplado
talando el enemigo mi cosecha.
Vi al odio, y á la injuria, y la mentira,
entre sus dientes triturar mi nombre.
Tanto, tanto soñé: Mi pensamiento
ha lacerado, sin piedad, la duda.
La ardiente envidia con letal ponzoña,
aquí en mi corazón entristecido,
la sonrisa mató con la confianza.
Con los ojos vagando en tu horizonte,
partir he visto, de mi hogar sombrío,
¡ay! para siempre silenciosos féretros!
Lloré como hijo, como padre sufro,
y tiemblo aún, por lo que alguno espera.
Mas yo no me lamento, y de rodillas
te doy mi gratitud, Dios poderoso;
á tí que has puesto todos los dolores
y todas las miserias confundiste
sobre mi corazón, sobre mí mismo:—
Todo, menos amar sin ser amado!

VICTOR HUGO

El Trebbia

(Traducción de Leopoldo Díaz)

Siniestra aurora esparce sus lívidos fulgores.
Despierta el campo. El río sus ondas rueda fiero,
y bebe de Numidas el escuadrón ligero.
Se escucha el toque claro de los bocinadoras.

Pues contrariando á todos, augures impostores,
al desbordado Trebbia, y hasta Escipión Severo,
Sempronio, el nuevo Cónsul, audaz como alta-
[nero,

ordena al punto mismo que marchen los victores.

Con lígubres reflejos el cielo esprojeaban
las aldeas Insubres que al horizonte ardfan;
osáuse lejanos berridos de cicfante.

Y allá, de pie, adosado contra un arco del puente,
de las legiones que buyen, la marcha sordamente
Aníbal escuchaba, pensativo y triunfante.

JOSÉ MARIA DE HEREDIA

Fragmento

....Todos nos formamos una ilusión del mundo, ilusión poética, sentimental, risueña, melancólica, desagradable ó triste, según el propio temperamento. Y el escritor no tiene otra misión sino reproducir fielmente esta ilusión con todos los procedimientos de arte que ha aprendido y de los que puede disponer.

Ilusión de lo hermoso, que es una conven-
ción humana! Ilusión de lo feo, que es una
opinión que se modifica! Ilusión de lo verda-
dero, que jamás es inmutable! Ilusión de lo
innoble, que atrae á tantos seres! Los grandes
artistas son los que imponen á la humanidad
su ilusión particular.

GUY DE MAUPASSANT

Versos sencillos

Quiero, á la sombra de un ala,
contar este cuento en flor;
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda.

...Ella dió al desmemoriado
una almohadilla de olor:
él volvió, volvió casado:
ella se murió de amor.

Iban cargándola en sudas
obispos y embajadores:
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

...Ella por volverlo á ver
salió á verlo al mirador;
él volvió con su mujer;
ella se murió de amor.

Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente; la frente
que más he amado en mi vida!

...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor
dicen que murió de frío;
yo sé que murió de amor.

Allí en la bóveda helada
la pusieron en dos bancos;
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador
nunca más he vuelto á ver
á la que murió de amor

JOSÉ MARTÍ

Debre las olas

Tierras lejanas y lejanos mares
Sombrió recorri:
Allá, en abril las rosas y azaha
Se mueren como aquí.
Vuelvo otra vez, errante golondrina,
Herido el corazón:
Déjala que haga, por piedad divina,
Su nido en tu balcón.
Te tigo del Oriente urnas radiantes,
En mi anhelo tenaz:
Perlas y flores, plumas y diamantes
Bien mío, ¡quieres más
¡Ay del amor! Yo ví las mariposas
Junto á la llama arder:
En el hielo ¿no viste tú las rosa
Marcharse y caer?
Ya tu casita á divisar se alcanza
Como á través de un tul
Dame un rayo de luz y de espe
Bajo mi cielo azul.

ALBERTO UCLES

Éstea

TENGO un amigo que de la vida sólo ama el ensueño; de la realidad sólo estima la línea y el ritmo, el color, elementos de lo bello, milagro exudación ideal que la naturaleza arranca de las cosas. Él mira con ojos de bio desdén la frívola galantería que el incógnito vulgo confunde con el amor, y tiene por el sentimiento el más religioso respeto.

Él sabe historias que yo considero interesantes, y tiene pasiones que yo creo amables. La sinceridad de él en su correspondencia conmigo es por sí sola estimable, porque el más noble de los fenómenos es, acaso, la perfecta transparencia de un alma para otra alma: esa expansión y un rema del espíritu que los místicos llaman consustanciación, y sin la cual ningún afecto es pleno, ni es sino egotismo el cariño, ni es sino falsificado el amor.

Es de la correspondencia de ese amigo que copio algunos párrafos.

"Bien sé, — me escribió en una ocasión, — que en estos tiempos de análisis, el amor es un símil perdurable sólo á temperamentos imprevisibles de artistas y de poetas; que sólo éstos pueden narrar la intangible vaguedad del dolor y del éxtasis contenida en las historias del corazón" evocar con las fórmulas de la inspiración y recanos del verbo que caben sólo en los arcaísmos del ritmo, y hacerlos comparecer como el marco de luz en la armonía del verso, vibración sonora del beso con que la musa enciende el frente de los bardos.

"Bien sé cómo lo espíritu fraternos compadecen á quienes se ven tan dorables de iludidad; pero recuerdo que el mismo Volt me escribió al pie de un poema Amor de Praxiteles:

"Qui que tu o vo t u maître:
il l'est, le fut ou d'vra l'être;"

É imagino que á despecho de la burla que nieces no saben ó no pueden y sentir, cabe trata en serio lo que Renán llama el misterio por excelencia de la creación, el nudo de las cosas y el más profundo secreto del ser "

"Para mí tengo que amor es redención, y su impulso virtud, y su ternura escala por donde suben las almas al empleo, y su beso plegaria y su ley la ley."

"Tú sabes, — me decía en otra de sus cartas, — que sólo una vez he amado; que franqueaba yo los umbrales de la adolescencia cuando *Ella* pasó ante mí en la vida, cual por la rampa nave gótica adelantaba en el inmenso drama Margarita, y desde entonces la profesé el fútilo culto que se le profesa á los ideales imposibles; que siempre en los caminos *sui fu* de la peregrinación, ó desde la cubierta de la nave, ví su imagen alzarse en la oscura lejanía, coronada la frente por todas las estrellas del cielo, besadas sus plantas por todas las espumas del océano, y que los mejores recuerdos míos están hechos de fulgores de sus ojos y de resplandores de su juventud, irradiados cuando pasaba ante mí altiva y serena como extasiada por celestes músicas; que yo, el indolente, llegué á pensar cómo la lucha en la existencia es bella bajo el tendal de luz de su mirar, y que la muerte alcanzada al rescolido de su seno piadoso y divino, sólo haría que hiciese yo vibrar los auros de la nada al eco del último, supremo contacto de sus labios.

"Eso sabes; pero no cómo durante este largo silencio he sido egoísta contigo. No te perdonaba ni el acusarme de hacedor de frases, ni que esas confidencias salidas de dentro mi pecho como de una cálida fragua, merecieran de tí el calificativo de bostezante prosa de son dor. Me dijiste cómo esa forma de enajenación tenía un remedio, cual era el de acercarme, hablarla, alcanzar lo que imaginaba yo imposible, palpar la realidad y darte gracias por haberlo logrado que se desvaneciera como por encanto ese elemento perturbador de mi cerebro. Prefirió á seguir tu consejo, y.... cuando un día tus fuerzas para narrarle la historia de mi corazón, ella tuvo para mí la suprema piedad femenina: el amor.

"En vano he aguardado para escribirte el divorcio de ese á quien llamas el libertador. ¡Hastío, hijo fatal del tiempo; lejos de sentir que se aproxima, noto cómo desde que ascendí has ella va mi cariño ascendiendo expandiéndose se gozosamente como la luz orgullosa de iluminar más. Esta mañana, por ejemplo, experimenté una sensación intensa y extraña por reírte la cual reanudó mi correspondencia contigo tras largos años de silencio."

"¿Has observado tú esa como alba fosforescencia de las formas bellas en las estatuas de las diosas? Al verla hoy noté que, como esos mármoles de los cuales es hermana, ella también es sagrada y resplandece. No hablo del brillar de sus pupilas, de la fascinación de su sonrisa, de la rítmica majestad radiosa de su andar, sino de esa blanca esplendorosa turbadora que, cual aroma luminoso, se escapa de toda su persona y la envuelve en manto inconsútil de apacible esplendores. Bella es la onda de luz que se desprende de las dei-

dades marmóreas, las envuelve en albor de luna y les da vida en el mundo de la idea; pero la refulgencia de la belleza que vive y vibra, es inefable. La carne, sonrosada y alba, enemiga de los fariseos y camarada excelsa del alma pagana, flecha por cada uno de sus poros la saeta de Cupido: sacra fuerza que conturba, hace postrar de hinosjos, mueve á adorar, y despierta en el pecho el ansia de que ni un átomo de blancura quede sin la huella del labio reverente, hasta que arropada en fanáticos besos duerma la beldad, cual radiante visión coronada de azahares.

—¿Azahares?

—Digno eres de compasión si ignoras que en el mundo del amor la inmaculada flor del limonero es siempreva que nunca se deshoja: que la ama da es siempre el tipo insuperable de lo bello y de lo bueno, á la cual se acerca el sacerdote de aquel templo, el señor de aquella alma, como el supersticioso al ara de su Dios: que cada beso es el primero, y el mismo religioso temblor epitalámico, la memoria y la conciencia de lo real se desvanecen en los limbos del éxtasis, altura casi infinita en la infinita escala."

Copiaría más; pero me detiene el temor de que, no conociéndole, no encontraréis á mi amigo tan sincero ni tan interesante como mi simpatía lo supone.

CÉSAR ZUMETA

En Flandes

—El clavicordio—dijo Clara la pensativa, que del viejo castillo gusta ser la cautiva y mirar silenciosa en los campos quietos los blancos ramazones de los blancos abetos —es grato á mi alma como la dulce paz campesina y como las caricias de mi burgomaestre.

Dijo Adela, festiva mujer de rizos de oro, la de opulentos flancos y tez de flor:—Adoro el son de los violines heridos sabiamente en la KERMESSE, al rayo del sol auricadente, los violines magyares á cuyas blandas notas bailo en los frescos POLDERS minuets y gavotas.

Dijo Balduino Vander-Rotten:—"Más que mis [finas blondas de Brujas, más que mis cofias de Malinas, más que mis granjas úberes y que mis magros [quesos, amo y busco la música sonora de mis besos." Así dijo Balduino, la joven rubicunda, y entreabría sus labios una risa jocunda.

Yo fui juez, y anhelando parecer halagueño, hablé:—Tú, Clara, eres la reina del Ensueño. Irás, perennemente feliz, excelsa y joven, al país de Mozart y el marmóreo Beethoven.

—Tú, Adela, en tanto que tu existencia se enhebrará, hallarás en la danza la gloria de la fiebre;

las ilusiones, fuga vivaz de mariposas, pasarán por la vida cual sobre muchas rosas. —Balduino, que prefieres los besos á las artes, en cuanto á tí, ELEGISTE LA MEJOR DE LAS PARTES.

En premio de mi fallo, Clara dióme su alada pasión, Adela el vértigo de su ronda sagrada, y Balduino los besos de su boca divina. Yo era íntimamente del gusto de Balduino.

AMADO NERVO.

Don Juan de Covadonga

Don Juan de Covadonga, un calavera Sin Dios, ni rey, ni ley, y cuyo hermano Hernando el mayor, era, Después de haber llevado airada vida, Prior de cierto convento en Talavera; Don Juan el poderoso, el cortesano, Grande de España y seductor de oficio, El hombre en cuya mano Tuvo grandeza excepcional el vicio, Después de amar, de odiar, de lograr todo Cuanto es posible en imposible, un día Sintió el cansancio de la vida, el lodo De cuantos goces le ofreció la suerte, Y mezcló á su tenaz melancolía, El ansia de consuelos superiores; Pensó en Dios, pensó en Dios, pensó en la muerte, Pensó en la eternidad, y desprendido Del lujo, del amor, de los honores, Escribió á la duquesa de Vilorte, Diciéndole un adiós definitivo Arregló todo, abandonó la corte, Y sin un escudero, al paso vivo De su yegua andaluza, macilento, Huyendo del pasado, fugitivo, Por ignorada vía Llegó á la portería Silenciosa y obscura del convento. —¿Nuestro Padre Prior? preguntó al lego. —En oración, hermano.

—Por la vida Lo llamaré vuesa merced.....—Ahora Es imposible, hermano..... Vuelva luego, Es imposible ahora Exstasis santo, Cuando reza lo embarga.—Mas le ruego..... Yo estoy aquí perdiéndome entretanto, Siento la angustia del infierno, el fuego..... —Sírvase entrar al locutorio .. —Vamos Placeres, del Señor sonó la hora, Don Juan dijo al entrar; mundo, hasta luego! Y por fin se encontraron los hermanos....

Don Juan perdido en crápulas y excesos, Temblándole las manos, Con el aire de un pobre arrepentido Y la boca marchita por los besos, Y Hernando, el Prior, brillándole en los ojos Un fuego juvenil siempre encendido, Y suaves y rojos Los labios por las santas oraciones Y el olvido del mundo y las pasiones.

—¿Orando tú?..... le dijo Don Juan con voz monótona y cansada. Lejos de todo, en la quietud suprema De la vida del claustro, cuando fijo Temblando una mirada En el abismo actual de mi miseria, Sueño también en el retiro 'Cómo? Interrumpió el Prior - la cosa es seria? Te arruinaste por fin? La de Vilorte, La archiduquesa de cabellos rubios..... La dama más hermosa de la Corte, La rival de la Reina en el donaire Ann de sus besos guardas los éfuvios..... Qué pasa por allá?..... Si traces un aire! Oye, Juan; mira, hermano: Aquí, en la triste

Vida conventual, todo reviste
Un aspecto satánico, mis horas
Tienen angustias indecibles; mira,
Un enjambre de formas tentadoras
Entre mi celda por la noche gira
Y huye.....De la oración con los empeños
Lo disipo por fin.....Ansio el oro,
Suenan choques de armas en mis sueños,
Flota un rumor de besos en el coro,
Y es mi vida una lucha prolongada
De rudos sacrificios
Eu que como la carne alborotada,
Con ayunos y rezos y cilicios....
Y yo llegué al convento, pobre loco!
Soñando al fin en descansar un poco
Y en ansiedades místicas perdido!
Pero dime; ¿á qué vienes?

Yo.....por verte,
Dijo don Juan, por verte á toda prisa
Y por darte noticia de la muerte
De don Sancho de Télez; tú, mi santo,
Por su eterno descanso di una misa.
Y al salir por el negro camposanto,
En que el convento obscuro se prolonga,
Ansiando la quietud de los que fueron,
Por la primera vez se humedecieron
Los ojos de don Juan de Covadonga.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

En Santa Elena

—MEJOR hubiera hecho en no dejar el Egipto. La Arabia espera á un hombre. Con los franceses en reserva, y los árabes y los egipcios como auxiliares, me hubiera posesionado de la India, y hoy sería Emperador de todo el Oriente.

—Tomado San Juan de Acre, el ejército francés volaba á Damasco y á Alepo: en un momento hubiera llegado al Eufrates; los cristianos de la Siria. los drusos, los armenios, se les hubieran agregado. Las poblaciones iban á conmovirse....Hubiera alcanzado á Constantinopla y las Indias, y cambiado la faz del mundo.

—Las grandes y magnificas verdades de la Revolución Francesa durarán siempre; á tal punto las hemos rodeado de esplendor, de monumentos y de prodigios! Con rios de gloria hemos lavado sus primeras manchas. Serán inmortales. Emanadas de la tribuna, cimentadas con la sangre de las batallas, decoradas con los laureles de la victoria, saludadas con las aclamaciones de los pueblos, sancionadas por los tratados, ya no pueden retrogradar: viven en la Gran Bretaña, iluminan á la América, están nacionalizadas en Francia. Este es el tripode de donde brotará la luz del mundo.

—Ah! Qué recuerdos me ha dejado la Córcega! Todavía creo disfrutar sus perspectivas, sus montañas. La piso con mis pies, la reconozco en el olor que exhala.

—Ea, amigos míos, volved á Europa id á ver á vuestras familias; yo veré á mis valientes en los Campos Elíseos. Si, Kléber, Desaix, Bessiéres, Duroc, Ney, Murat, Massena, Berthier, todos me saldrán al encuentro; al verme, todos enloquecerán de entusiasmo y de gloria. Hablaremos de nuestras guerras,

con los Escipiones, los Aníbalas, los Césares, los Federicos, á menos que por allá tengan miedo de ver á tantos guerreros juntos.

—Nuevo Prometeo, estoy clavado en una roca, donde un buitre me roe las entrañas. Sí, yo robé el fuego del cielo para dotar con él á la Francia. El fuego ha refluído hacia su foco y aquí estoy! El amor á la gloria se parece á aquel puente que echó Satanás sobre el caos para pasar del infierno al cielo. La gloria junta lo pasado á lo venidero, separados por un abismo inmenso. Nada para mi hijo, nada más que mi nombre!

—Deseo que mis cenizas descansen á orillas del Sena, en medio de aquel pueblo á quien tanto he amado!

NAPOLEÓN BONAPARTE

Á los héroes sin nombre

Milicias que en las épicas fatigas caisteis, indistintas é ignoradas, cual por la hoz del rústico segadas, en tiempo de cosecha, las espigas;

Que moristeis á manos enemigas, fulgentes de entusiasmo las miradas, tintas hasta los puños las espadas y rotas por delante las lorigas.

Oscuros Alejandro y Espartacos, la ingratitude de vuestro sino aterra la musa de los himnos elegiacos.

En las cruentas labores de la guerra, sembradora de lauros, fuisteis sacos de estiércol; ¡ay! para abonar la tierra.

SALVADOR DIAZ MIRON

NOTAS

En casi todas las publicaciones—

que nos llegan vemos con frecuencia reproducidos los materiales extranjeros de nuestro quinquenario, sin expresar de dónde fueron tomados.

Esperamos que, en adelante, al hacer esas reproducciones, las revistas y periódicos indiquen su procedencia.

Esto lo creemos de estricta justicia; ya que nos ocasiona un trabajo especial la esmerada labor de selección.

Agradeceríamos—

á los periódicos y revistas con quienes tenemos establecido el canje, la reproducción de nuestros sumarios.